

LOS MASONES EN EL GOBIERNO DE ESPAÑA

VICENTE ALEJANDRO GUILLAMÓN

LOS MASONES
EN EL GOBIERNO
DE ESPAÑA

LA BELICOSA HISTORIA DE LA MASONERÍA
ESPAÑOLA Y SUS REPETIDOS
ASALTOS AL PODER

LIBROSLIBRES

LIBROSLIBRES

Santa Engracia, 18, 1.º Izda.
28010 Madrid (España)
Tlf.: 34-91 594 09 22
Fax: 34-91 594 36 44
correo@libroslibres.com
www.libroslibres.com

© 2009, Vicente Alejandro Guillamón

© 2009, **LIBROSLIBRES**

Diseño de cubierta: Rudesindo de la Fuente

Primera edición: septiembre de 2009

Depósito Legal: M-
ISBN: 978-84-92654-13-0

Composición: Francisco J. Arellano
Impresión: Cofás
Impreso en España – Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

ÍNDICE

Capítulo 1. ¿Puede hablarse de la masonería? ¿Es oportuno hablar de ella?.....	9
Capítulo 2. Origen del nombre y de la orden. Fantasía y realidad.....	13
Capítulo 3. El mito de la masonería «operativa»	21
Capítulo 4. El otro mito de la masonería «especulativa».....	27
Capítulo 5. Qué dice ser la masonería	35
Capítulo 6. Qué es realmente la masonería.....	45
Capítulo 7. ¿No es religiosa ni política la masonería?	49
Capítulo 8. Asociación política e ideológica.....	55
Capítulo 9. Masonería regular, irregular y marginal.....	59
Capítulo 10. Grandes «hazañas» de la masonería (1). La Revolución francesa.....	65
Capítulo 11. Grandes «hazañas» de la masonería (2). La emancipación hispanoamericana	71
Capítulo 12. Primeros masones y logias en España	79
Capítulo 13. Carlos III, la masonería y la expulsión de los jesuitas.....	85
Capítulo 14. El conde de Aranda ¿masón?.....	91
Capítulo 15. Otros ilustres «ilustrados» de dudosa condición ..	97
Capítulo 16. 1808, la doble invasión: napoleónica y masónica ...	101
Capítulo 17. Masones en las Cortes de Cádiz	107

Capítulo 18. Empieza la feria masónico-golpista de abono en el Ruedo Ibérico.....	113
Capítulo 19. La sublevación de Riego y Quiroga	119
Capítulo 20. El trienio constitucional.....	123
Capítulo 21. La <i>ominosa década</i> y vuelta al golpismo	129
Capítulo 22. La reina gobernadora se apoya en los mandiles....	135
Capítulo 23. Los masones liquidan el reinado de Isabel II	141
Capítulo 24. Del rey masón a la república «fraterna»	147
Capítulo 25. El caos republicano lleva mandil	153
Capítulo 26. La orden se hace vegetariana..., pero menos	161
Capítulo 27. La cabra tira al monte	167
Capítulo 28. La monarquía se hunde, la masonería al acecho ..	175
Capítulo 29. Los masones impulsan el asalto republicano.....	181
Capítulo 30. Vuelve la república «masonizada»	187
Capítulo 31. Una Constitución sectaria jamás vista	193
Capítulo 32. Los masones atacan de nuevo.....	199
Capítulo 33. Guía para detectar masones	305
Apéndice. Lista completa de obediencias y logias españolas actuales, con sus direcciones web o apartado de correos.....	209

CAPÍTULO 1

¿PUEDE HABLARSE DE LA MASONERÍA? ¿ES OPORTUNO HABLAR DE ELLA?

¿Puede hablarse de la masonería? Es simplemente una pregunta, pero como se decía en mi época, ya remota, de «milico» moruno —tres años completos, ni un día menos, de uniforme color barquillo, *tarbus* y fajín bermejos y chilaba azul prusia— el que pregunta se queda de cuadra, y todavía más si la pregunta tiene su aquel. Pese a todo, aún no está prohibido en España hablar de esta institución, aunque por el camino que vamos todo se andará. Pero mientras llegan las *caenas*, los desinhibidos o los escritores afectos cuentan cosas, de ahí que haya habido, en los años recientes, numerosos autores que no han dudado en examinar o divulgar algún aspecto de dicha sociedad, aparte de la traducción de libros extranjeros sobre el tema. Así, por ejemplo, pueden citarse, en una primera entrega, al novelista ya fallecido, y en vida buen amigo mío, Ángel María de Lera, que en esta materia abrió las puertas de los tiempos nuevos; al jesuita zaragozano José Antonio Ferrer Benimeli, verdadero especialista en la materia y muy comprensivo con los tradicionales enemigos de la Compañía de Jesús; al embajador y versátil historiador José Antonio Vaca de Osma; a la teresiana María Dolores Gómez Molleda; al masón Oscar Rodrigo Albert; al también próximo a la orden Juan Blázquez Miguel; al periodista y asimismo «hermano» Xavier Casinos; al escritor, historiador, radiofonista y publicista infatigable César Vidal; al antiguo carlista y viejo amigo José Carlos Clemente; al sacerdote burgalés Manuel Guerra, la persona que más sabe en España de sectas y similares; al periodista José Antonio Ullate Fabo; a Ricardo de las Heras, abogado y funcionario interna-

cional; al médico francés y antiguo masón Maurice Caillet (traducido al español) y, sobre todo, al historiador Ricardo de la Cierva, que ha publicado varios volúmenes relativos a la masonería. Pero si nadie impide que se escriba sobre esta congregación nebulosa, la réplica que cabe esperar puede ser una u otra según lo que se diga o cómo se diga. El caso más llamativo en este aspecto es el de Ricardo de la Cierva, que al insistir en ciertos temas se ha visto marginado de los círculos académicos a los que pertenece y de los grandes circuitos editoriales en los que solía publicar, aunque tengo para mí que tal vez se deba más a una decisión personal suya que a un rechazo ajeno.

A pesar de todo, ¿es oportuno, conveniente, correcto, etcétera, hablar de la masonería? Más que todo ello: es necesario, absolutamente necesario, inaplazable, que a la altura de los tiempos que corren analicemos objetiva y serenamente, pero sin miedos ni restricciones mentales, algunos extremos de dicha institución, aunque sólo sea para exponer la ofensiva ideológica que ya nos invade. A mi juicio, la inmensa mayoría de la gente no acaba de percibir o descubrir las causas del «cambio climático», y no precisamente atmosférico, que padecemos, según puedo comprobar reiteradamente en los diversos círculos confesionales en los que participo y en algún club político que también frecuento. En todos ellos, sobre todo en los primeros, surge con frecuencia el asunto del laicismo rampante y expansivo que está a la vista, pero muy pocos quieren averiguar las fuentes que nutren y engordan este Amazonas que amaga con inundarlo todo. Es como un no querer ver ni saber, una especie de ceguera voluntaria a mitad de camino entre la ignorancia histórica, que por desgracia abunda mucho más de lo que podría imaginarse, y el temor a parecer involucionista, a salirse del carril de lo políticamente correcto, a desmerecer del clima cultural dominante. Esa actitud bastante generalizada ni me sorprende ni es nada nuevo. Siempre ha existido el temor paralizante al «qué dirán», a singularizarse frente a lo establecido, a las consecuencias de remar contra corriente. Sucedió en tiempos de Franco y sucede ahora. En cierto modo resulta comprensible, dado que una postura de riesgo no reporta beneficios personales, pero esconder la cabeza debajo del ala propicia la abdicación moral, el deterioro de las propias convicciones tanto religiosas como cívicas.

Una anécdota personal —una entre varias— puede ilustrar lo que digo. Participaba no hace mucho en el parloteo de un círculo político

acogido al humanismo cristiano al que pertenezco, donde salió al paso la política de cierto alcalde de una muy importante capital española. Yo pregunté, ingenuamente, si podría llevar mandil, dados sus evidentes tics laicistas. ¿Qué dije? El mero hecho de pronunciar la palabra prohibida provocó en algunos asistentes un leve temblor o risita despectiva, y eso que sólo hice una pregunta, pero, como he recordado al principio, el que pregunta ya sabe lo que le pasa. No sé si lo aprenderé alguna vez.

Otro tanto ocurre en los medios informativos, donde raramente, muy raramente, se habla de la masonería, de sus actividades y de sus presuntos miembros. Unos por su evidente proximidad a la orden de la escuadra y el compás, para no quebrar su sigilosa discreción; otros por temor a que les cuelguen un sambenito que no creen merecer o a que les señalen con el dedo quienes dan y quitan patentes de progresía; finalmente, unos terceros, menos cohibidos, en alguna ocasión, de tarde en tarde, hacen referencias de pasada a algún hecho o personaje triangular, pero siempre en tono comedido y cauto. Como todo es tan misterioso y opaco en ese mundo, difícilmente se tienen pruebas de nada, especialmente de pertenencias y filiaciones.

Todos estos tabúes, que saltan a la vista de cualquier observador mínimamente despierto, impropios de una sociedad libre y abierta, me han inducido a hincarle el diente al tema con ánimo aclarador. Pretendo, en último término, aportar cuantos datos históricos me sean posibles para averiguar si los masones aspiran o no a ejercer el poder, aunque no sea por el poder mismo, por un afán desmedido de mando en provecho individual, sino al servicio de la ideología que profesan, que como toda ideología radical tiende al dominio de la sociedad para imponer su credo, que no es otro que el laicismo, la laicidad, opuesto frontalmente a la religiosidad, en particular a la Iglesia Católica, su obsesión maniquea desde los mismos orígenes de la venerable fraternidad a principios del siglo XVIII.

Dicen diversos autores, copiándose unos a otros y al parecer tributarios todos del estudioso alemán —¿acaso masón?— August Wolfstieg, que ya en 1925 descubrió que se habían publicado más de cincuenta mil volúmenes sobre la masonería especulativa. Vienen a indicar, con esta cita, la inmensa curiosidad que ha despertado esta misteriosa congregación. Ahora bien, si comparamos dicha cifra con

los millones de libros que ha originado —y sigue originando— el cristianismo, y muchos más si se incluye el Antiguo Testamento, aquélla no pasa de ser una porción menor en la inmensa bibliografía universal. De todas formas no puede negarse que el Arte Real constituye un fenómeno de extraordinaria importancia en el mundo en que vivimos, amén de su activa participación no siempre clarificada en grandes hechos de la historia moderna, algunos de alcance universal. Ello explicaría la reiterada atención que ha merecido de múltiples autores desde, al menos, casi tres siglos a esta parte, a cuya nómina me sumo para intentar esclarecer los continuos asaltos al poder de la masonería española.

CAPÍTULO 2

ORIGEN DEL NOMBRE Y DE LA ORDEN. FANTASÍA Y REALIDAD

El término *masonería* proviene del vocablo inglés *masonry*, y del francés, *maçonerie*, que en ambos casos significa lo mismo: mampostería, albañilería, obra, construcción, edificación, etcétera; pero los masones españoles, albañiles o constructores simbólicos, prefirieron adoptar literalmente, aunque castellanizado, un anglicismo-galicismo que, ciertamente, expresaba mejor o individualizaba con mayor precisión los orígenes, raíces y actividad de la orden, el luengo brazo de los imperios británico y francés rivalizando entre sí para manejar el mundo.

Por lo tanto, *masón* sería, originariamente, un albañil, maestro de obra, constructor o arquitecto, pero en nuestro caso es únicamente un miembro de la masonería «especulativa» o «filosófica». Con frecuencia se la llama *francmasonería* y a sus adeptos *francmasones*, sin embargo, el prefijo *franc* o franco no añade nada especial al término *masonería*, sino que en los tiempos de la albañilería itinerante y gremial propia de la Edad Media, y todavía después, se denominaba albañiles o constructores *francos* a aquellos que gozaban del privilegio de moverse y trabajar libremente en cualquier parte de un reino y aun mucho más allá, a diferencia de los profesionales de otras actividades, que sólo podían operar en las poblaciones o feudos donde se hallaban establecidos y estaban autorizados. En aquellos tiempos la rigidez gremial era estricta y el número de talleres de los distintos ramos permitidos en cada lugar estaba restringido. En cambio, los albañiles o constructores podían acudir libremente a una u otra parte cuyos príncipes, nobles, regidores, obispos, órdenes religiosas o corporaciones civiles solicitaran

sus servicios, por lo general para levantar catedrales, monasterios, templos, palacios, castillos, murallas, puentes, calzadas, etcétera, o sea, las grandes construcciones de la época, que requerían maestros cualificados y abundante peonaje, no siempre disponibles en los lugares donde tenía que edificarse la obra. Tampoco eran los únicos profesionales que gozaban de franquicia para operar sin impedimentos en este o en aquel sitio de un determinado territorio. Pintores, orfebres, tallistas, doradores, etcétera, más o menos relacionados con la construcción, y mercaderes y buhoneros por su lado, disponían igualmente de libertad de movimientos, aunque tuvieran que pagar las alcabalas propias de cada sitio. Otro tanto tenían que hacer los navegantes al arribar a puerto. Por consiguiente, lo de *franc* o *free* no constituía un privilegio excepcional o exclusivo de los constructores, sino una facultad derivada de la clase de trabajo que realizaban, igual que otros artistas, profesionales y comerciantes.

Por mi parte voy a prescindir de los términos *francmasonería* y *francmasón*, salvo que copie algún texto ajeno que así lo exprese, porque no agregan nada significativo a las palabras madre.

Pasemos a la segunda parte del tema, empezando por la fantasía, la fabulación, las leyendas masónicas, y nada mejor para ello que recurrir a las propias fuentes masónicas, esto es, a las *Constituciones de Anderson*, traducidas por Ricardo de la Cierva y publicadas en su libro *El triple secreto de la Masonería* (Editorial Fénix, Madrudejos, Toledo, 1994). Dichas Constituciones «contienen la Historia, las Obligaciones, Reglamentos & c. de esta muy antigua y muy Venerable Fraternidad». En el largo apartado histórico su autor pretende demostrar el origen antiquísimo del oficio «masónico» [entendido como un precedente de la masonería «filosófica» moderna], tan antiguo que se remonta nada menos que a nuestros primeros padres, mejor dicho, al padre solamente, porque a Eva ni la cita siquiera. La historia de la masonería compuesta por el primer regulador de la orden es una verdadera antología del disparate, un auténtico embrollo de episodios bíblicos e históricos mezclados con elucubraciones esotéricas y arquitectónicas pasmosas. Voy a citar sólo algunas, a modo de muestrario de viajante. Comienza fechando el texto en el «Año de la Masonería» 5723, o sea, desde que Dios creó al hombre, de manera que la existencia del ser humano sobre la Tierra sería cosa de anteayer. Luego añade la fecha

del «Año de Gracia» de 1723 para descender a la realidad. «Adán — dice—, nuestro primer padre, creado a imagen de Dios, el Gran Arquitecto del Universo, tuvo que poseer las Ciencias liberales, y especialmente la Geometría [...] que enseñó a sus hijos»; ahí fue nada la sabiduría infusa del primer hombre bíblico. «Noé —añade— y sus tres hijos, Jafet, Sem y Cam, [fueron] todos ellos auténticos masones...». «Sin duda alguna el Arte Real [arte u oficio del constructor, pero en el lenguaje masónico nombre simbólico de la masonería] fue llevado a Egipto por Mizraim, el segundo hijo de Cam, unos seis años después de la confusión de Babel y 160 años después del Diluvio». De acuerdo con este cómputo, ¿cuántos años vivieron Noé y su progenie? «Abraham, unos 268 años después de la confusión de Babel, fue llamado en Ur de Caldea, donde había aprendido Geometría y aquellas Artes que funcionan mediante ella, lo cual transmitió cuidadosamente a Ismael, a Isaac y a los hijos nacidos de Ketura; y por medio de Isaac a Esaú y Jacob y a los doce Patriarcas», de manera que quienes creíamos que Abraham y sus descendientes formaban un pueblo de pastores, no tenemos ni remota idea de lo que pasó en aquellos remotos tiempos. «Moisés —continúa narrando el autor de las Constituciones— se convirtió en el Maestro General Masón así como en rey de Israel porque era simultáneamente hábil en todos los conocimientos egipcios y divinamente inspirado para su repentino conocimiento de la Masonería. [...] Los israelitas, a su salida de Egipto, eran un completo Reino de masones bien instruidos, bajo la dirección de su Gran Maestro Moisés que les orientó frecuentemente en una Logia regular y General, mientras estaban en el desierto, y les otorgó sabias Obligaciones, Reglamentos, etcétera»; así pues, Anderson no pasaría de ser un simple copista o plagario de Moisés. Para construir el Primer Templo, «Salomón dependió ampliamente de Hiram, el rey de Tiro, que le envió a sus masones y carpinteros. [...] Pero sobre todo le envió a su homónimo *Hiram, el Masón más perfecto de la Tierra*». «El sabio rey Salomón fue Gran Maestre de la Logia de Jerusalén y el ilustrado rey Hiram fue gran maestre de la logia de Tiro». «El glorioso Augusto llegó a ser el Gran Maestre de la Logia de Roma». «Pero cuando los godos y vándalos, que nunca habían sido conquistados por los romanos, arrasaron el imperio romano como un diluvio universal [...]; como las naciones asiáticas y africanas *cayeron bajo la misma calamidad por la conquista de*

los mahometanos, cuyo gran proyecto es solamente convertir el mundo por el fuego y la espada en vez de cultivar las artes y las ciencias». Y de esta guisa el resto del relato, de manera que según Anderson apenas ha existido personaje ilustre o poderoso a lo largo de la historia de la humanidad que no haya sido masón, es decir, albañil o constructor, al menos albañil simbólico, que es el puerto al que desea llegar el autor de las Constituciones, empleando un doble lenguaje ambiguo, entre histórico y figurado, en el que no se sabe bien donde termina esta delirante historia de la arquitectura universal y donde empieza la mitología fantásica de esta opaca sociedad que llama, a Dios, Gran Arquitecto del Universo y, al «Mesías de Dios, Gran Arquitecto de la Iglesia».

De todos modos, Anderson y los historiadores masones no están solos en la difusión de semejantes consejas pseudohistóricas. Hay otros autores, a veces no especialmente afectos a la orden, que dan pábulo a esas fabulaciones, contribuyendo a la inflación de mitos y leyendas. Una de éstas, hartamente repetida, es la construcción del Templo de Salomón o Primer Templo, levantado «en honor del Señor» por el hijo de David, tal como había deseado su padre. Para la edificación de este templo, «Salomón dependió ampliamente de Hiram, rey de Tiro, que le envió sus *masones* y carpinteros a Jerusalén, así como los pinos y cedros del Líbano a Jaffa, el puerto de mar más próximo. Pero sobre todo le envió a su homónimo Hiram (Hiram-Abif), el Masón más perfecto de la Tierra». Sin embargo, la Biblia canónica dice (1 Re 7, 13-14, edición de La Casa de la Biblia): «Salomón mandó traer a Jirán de Tiro, hijo de una viuda de la tribu de Neftalí y de padre tirio; era un *experto broncista*, dotado de sabiduría, inteligencia y pericia para toda clase de trabajos en bronce».

Así resulta que Hiram (Hiram-Abif), el «Masón más perfecto de la Tierra», no era arquitecto, ni constructor, ni siquiera peón de albañil, sino «experto broncista», fundidor «en moldes de arcilla en la región del Jordán, entre Sucot y Sartán», trabajo que tiene poco que ver con la albañilería propiamente dicha. Pues a pesar de la claridad de las fuentes bíblicas, si de beber en esas fuentes puras y cristalinas se trata, hay autores, como Xavier Casinos, que escribe con toda desenvoltura (*Quién es quién masónico*, Ediciones Martínez Roca, Madrid, 2003, p. 12) lo siguiente: «La Biblia narra que Hiram, “hijo de una viuda de la

tribu de Neftalí”, fue asesinado por tres de sus discípulos, celosos de su saber, y con él murió el secreto del templo. Salomón mandó a tres masones en busca del cadáver para desenterrarlo y recuperar el secreto. La leyenda de Hiram y el templo de Salomón ha inspirado la estética y parte del ritual de la masonería. Así, las logias actuales están decoradas siguiendo la descripción del templo de Jerusalén. Asimismo, la ceremonia de iniciación de un maestro masón recrea la búsqueda y descubrimiento del cadáver de Hiram. Además, los masones se autodenominan *hijos de la viuda*, en referencia al arquitecto de Salomón». No sé en qué Biblia ha leído Casinos la fábula anterior, pero desde luego no en la versión aprobada por la Conferencia Episcopal Española, porque semejante párrafo no aparece en ella por parte alguna. Más bien se trata de una ficción propia de los relatos legendarios masónicos, empeñados en encontrar secretos y misterios donde los textos canónicos no aseguran ni sugieren que los haya. Para empezar, Jirán no era constructor, como hemos visto anteriormente, ni lo asesinó nadie, al menos no hay la menor mención de ello en la Biblia autorizada, basada en los originales hebreo y griego, ni consta que se llevase al otro mundo un arcano impenetrable no conocido por nadie más.

En cuanto a la decoración de las logias actuales «siguiendo la descripción del templo de Jerusalén», será más bien una imitación simbólica, figurada, aunque se adopten detalles incluidos en la narración bíblica, como «los candelabros de oro puro que estaban delante del lugar santísimo (la “capilla” que albergaba el Arca de la Alianza), cinco a la derecha y cinco a la izquierda» (1 Re 7, 49). Así también, las dos columnas de bronce, moldeadas por Jirán, de «nueve metros de altura, seis metros de circunferencia y dos metros de espesor. [...] Salomón levantó las columnas en el pórtico del santuario, a la de la derecha la llamó Yakín —es decir, Firmeza—, y a la de la izquierda Boaz —es decir, Fuerza—. Así quedó terminada la obra de las columnas» (1 Re 7, 15-22).

Los misterios misteriosos no terminan, ni muchísimo menos, con la adaptación libérrima de la historia de Hiram-Abif, o simplemente Jirán, el *hijo de la viuda*. Xavier Casinos dice a continuación del párrafo citado anteriormente: «La leyenda sobre el templo de Salomón condujo a las cruzadas y a los caballeros templarios. Muy pronto surgieron teorías sobre el origen templario de la masonería». Pero éste no

es, ni de lejos, el único autor que mete a los templarios en el baile. Ricardo de la Cierva, experto en masonería, dice en su obra ya mencionada (*El triple secreto de la masonería*, p. 51): «Los constructores templarios intensificaron en Occidente el uso de los ritos de iniciación de remotísimos orígenes paganos, místéricos y gnósticos. [...] El Templo de Jerusalén, [...] es la clave y cantera de la leyenda y la simbología masónica [...] y era el solar del Temple. Desde el siglo XII hasta el XVIII los francmasones, que evolucionaban primero hacia la secularización y luego hacia la especulación, fueron tomando cada vez más signos, ritos y símbolos de la tradición templaria: *la Masonería actual no se concibe sin el influjo de la Orden del Temple*». Aquí tenemos, pues, a otro que mete en danza a los monjes soldados de la orden militar del Templo de Jerusalén. Es que si no se recurre a los achicharrados templarios, que igual sirven para un roto que para un descosido, qué clase de historia, leyenda, fabulación o despiporre sería éste. Los pobres, aunque dicen que eran riquísimos, aparte de terminar asados a la leña como San Lorenzo, por la codicia de Felipe IV el Hermoso de Francia en 1314, vuelven a freírlos ahora con un aluvión de novelas necias, amén de alguna que otra especulación supuestamente histórica sobre el no menos supuesto contagio gnóstico de los templarios que, naturalmente, transmitieron a la masonería.

La gnosis, o conocimiento profundo, que al parecer sólo está al alcance de los iniciados, «nace con la expansión del cristianismo y consiste esencialmente en una máscara cristiana del paganismo». «El gnosticismo, que se presentaba como una sabiduría secreta y superior a las vulgaridades cristianas, influyó extensamente en el espíritu religioso de los *collegia* [gremios] de constructores que sobrevivían en el Imperio romano de Oriente y transmitían sus saberes a los constructores de Occidente en dos etapas: durante la Edad Antigua, desde sus bases en los territorios bizantinos; y en la plenitud de la Edad Media, cuando entraron en contacto con los cruzados». «El texto gnóstico más difundido es la doctrina expresada en los libros de Hermes, o pseudo Hermes Trismegisto, donde se trasluce la confusión paganizante que caracteriza a las sectas gnósticas» (como la masonería). (La Cierva, o. c., pp. 35-36). Bueno, pues ya tenemos aquí otra pata del ciempiés que con Hiram-Abif, los templarios, Pitágoras y el esoterismo de los cultos de Osiris, además del padre Adán, Abraham, Moisés,

Salomón, San Juan de verano (el Bautista), San Juan de invierno (el Evangelista) y *tutti cuanti* pillan a mano, se monta toda una fabulosa novelería que por lo visto encanta a tirios y a troyanos. Pero, aclaremos, ¿quién era el tal Hermes? Concretamente el «dios griego (los romanos lo llamaron Mercurio) del comercio, del fraude, de la palabra y de la elocuencia, inventor de la escritura, matemáticas, astronomía, pesos y medidas, patrono de los ladrones, de los caminos y caminantes» (Manuel Guerra, *Diccionario Enciclopédico de las Sectas*, BAC, Madrid, p. 361). ¿Y Hermes Trismegisto? El dios egipcio Tot, según lo llamaron los antiguos griegos. Significa *tres veces grande*, y, al decir de neoplatónicos y cristianos de los siglos III y IV, corresponde a un antiguo rey de Egipto del siglo XX antes de Cristo, inventor de todas las ciencias y a quien la tradición mitológica atribuye numerosísimos libros, entre ellos obras secretas de magia, astrología y alquimia.

Pero más allá, o, mejor dicho, más acá de todo este galimatías, ¿qué es en realidad la masonería moderna? Simplemente una sociedad secretista de perfiles bien definidos y nada fantasiosos, y objetivos concretos como veremos con más detalle en los capítulos siguientes. Su secretismo, amén de su ideología, ya merecieron la condena del Papa Clemente XII, pocos años después de su constitución, mediante la bula *In eminenti* de fecha 28 de abril de 1738, en la que se preguntaba, no faltó de razón, que «si tales personas no estuvieran haciendo el mal, no odiarían tanto la luz». Benedicto XIV, que sucedió al anterior, ratificó la condena en la constitución apostólica *Providas* de 1751, y de igual manera los Papas que les siguieron.

CAPÍTULO 3

EL MITO DE LA MASONERÍA «OPERATIVA»

Seguir hablando de la masonería «operativa», como repiten todos los libros que se ocupan del tema, es una solemne tontería, en particular porque hay varios términos, todos específicos y mucho más apropiados, para denominar los diversos oficios o tareas que participan en las distintas fases de una edificación, desde el arquitecto, diseñador o proyectista, al aparejador, constructor, maestro de obra, albañil, alicataador, solador, encofrador, ferrallista, cantero, peón de albañil, morterista, etcétera, por hablar sólo de los profesionales implicados directísimamente en una obra. Llamar, por tanto, *masonería* a la albañilería, al arte y oficios varios de construir o edificar, es recurrir a barbarismos o extranjerismos disparatados. Ahora bien, si de lo que se trata es de repetir las fábulas de los autores proclives a la masonería masónica para justificar linajes antiquísimos puramente imaginarios, como hemos visto en el capítulo anterior, las palabras cambian de sentido y ya estamos hablando de otras cosas. Pues vamos a ver qué hay de cierto o de fantasía en esa peculiar interpretación de la historia de la arquitectura.

Los constructores, como la generalidad de los oficios, han procurado, desde tiempos remotos, agruparse en asociaciones de carácter profesional que han cambiado de nombre a lo largo de la historia, pero no de sustancia o fines, que no eran los de proteger «secretos» del trabajo, sino protegerse contra intrusos, oportunistas y «profanos» que pudieran arruinar el negocio. En la Grecia clásica se llamaron *hetairías*, en Roma *collegia*, en la Edad Media y aún después, gremios, cor-

poraciones, guildas, etcétera —con sus correspondientes hermandades o cofradías religiosas—, y ahora colegios profesionales y asociaciones patronales.

La construcción en general y, sobre todo, la monumental, sufrió un aparatoso repliegue con las invasiones de los pueblos llamados bárbaros, jóvenes y vigorosos pero incultos. De todos modos, el retroceso constructor no sobrevino exactamente por la pérdida de conocimientos técnicos a causa del hundimiento cultural del mundo romano, sino más bien por el empobrecimiento generalizado que causaron las invasiones. A menos recursos, menor esplendor monumental. Lógicamente, la falta de medios determinó un tipo de edificación más rústica y pequeña, pero continuo sabiéndose construir, aunque fuese con técnicas más elementales. En España se conservan muestras verdaderamente notables y bellas del arte visigodo dentro de las dimensiones reducidas propias de unos tiempos de economía empobrecida y hábitos rudimentarios. Por ejemplo, Santa Comba de Bande, en Orense; San Pedro de la Nave, en Zamora; la cabecera de la cripta de San Antolín en la catedral zamorana, los restos de la iglesia de Quintanilla de las Viñas (Burgos) y, sobre todo, la hermosa basílica de San Juan Bautista de Baños de Cerrato o del Río Pisuerga (Palencia), a la que el rey visigodo Recesvinto ofreció la corona votiva —que se conserva en el Museo Arqueológico Nacional— con motivo de su coronación en el año 601. Tras la invasión árabe a comienzos del siglo VIII, surgió en el pequeño reino de Asturias, continuador del reino visigodo, un arte propio precursor del románico.

De todas formas, no se trata tanto, a los efectos de este libro, de historiar la evolución de la arquitectura monumental, sino de preguntarse a través de qué mecanismos o métodos se transmitían los conocimientos y técnicas de la construcción, en especial la de gran envergadura. Las historias del arte no suelen aclarar mucho este extremo, al que se agarran los fabuladores masónicos y repiten sus contradictores para imaginar secretos profesionales y gnósticos que se legaron de generación en generación a través de los gremios de albañilería y que, por supuesto, conservaron herméticos, ¡cómo no!, los templarios. Este mito es una botaratada grandiosa sin un mínimo apoyo en datos fehacientes. Los monjes soldados de la Orden del Templo de Jerusalén fueron, ciertamente, colosales constructores de castillos y fortalezas,

con sus iglesias correspondientes, en su misión de proteger a los palmeros que acudían a Tierra Santa contra sarracenos salteadores de caminos y otros amigos de lo ajeno. He dicho palmeros y no peregrinos. Estos últimos eran los que se encaminaban a Santiago de Compostela, de la misma forma que cuantos se dirigían a Roma eran llamados romeros. También fueron activos edificadores de fortalezas, iglesias, hospitales y hospederías los monjes de San Juan del Hospital, que ofrecían descanso y atención sanadora a los mismos palmeros que protegían sus hermanos templarios. Ambas órdenes monacales eran una emanación de la Orden del Císter, fundada en 1134 por el inglés San Esteban Harding, tercer abad de Citeaux (Francia), aunque el más conocido de todos sus monjes fue San Bernardo, abad de Claraval (1091-1153), que dio la regla cisterciense a la Orden del Templo y a la del Hospital. El Císter era a su vez una reforma del monacato que instituyó San Benito de Nursia (480-550), en cuyos monasterios halló asilo la cultura que logró sobrevivir a las invasiones germánicas. Una y otra orden cenobitas se distinguieron por su espíritu constructor. Los benedictinos de Cluny, en la Borgoña francesa, originaron o al menos propagaron por Europa occidental el románico, y los cistercienses, el gótico, pero no hubo en todo ello nada secreto, ni misterioso, sino impulsos creadores del fervor cristiano.

Pero volvamos a los gremios, que al parecer son la madre del corde-ro, auténticas tapaderas de pozos de erudición y sabiduría arcanas, totalmente ocultas a los profanos; sin embargo, nada de ello tiene que ver con la realidad. Para empezar, los gremios: ningún gremio mantenía bajo siete llaves secreto laboral alguno. No era su función. Estas agrupaciones no pasaban de ser entidades defensoras de intereses profesionales, como actualmente son los sindicatos, aunque a veces, igual que hacen con frecuencia estos últimos, apoyasen determinadas causas más políticas que sociales, o quizás enfrentamientos estamentales —lucha de clases lo llamaría un marxista—, del estamento más popular contra el aristocrático o regidor. Los secretillos del oficio, los trucos de esta o la otra especialidad, si los había, eran cosa de maestros individuales, de los talleres particulares de cada maestro, que se transmitían de padres a hijos, de maestros a oficiales, pero en ningún caso consistían en «secretos» colectivos, compartidos por toda una profesión y en varias naciones a la vez. Las innovaciones, las nuevas técnicas y estilos

las aportaban, no el conjunto de un oficio, sino el esfuerzo y la inventiva de focos muy localizados, como los ya citados de Cluny y el Císter, propagados después a través de la cadena de monasterios de la misma regla y sus imitadores, o de algún artista genial que introducía formas y soluciones innovadoras, como Filippo Brunelleschi (1377-1446), autor de la cúpula de la catedral de Santa María de las Flores de Florencia, una verdadera maravilla de ingenio y esplendor, iniciadora de la arquitectura del *Quattrocento*, que anunciaba el renacimiento clasicista. Pero si la arquitectura, la construcción, la «masonería operativa» según la jerga masónica, puede ocultar sus planos iniciales, acaso proyecto individual de un solo maestro, no hay secreto alguno que sea capaz de tapar el resultado final, la obra terminada. Ningún otro oficio está más expuesto a la indagación de los profesionales y la curiosidad pública que la arquitectura, sobre todo la monumental. Por consiguiente, toda la mitología montada en torno a los arcanos de los constructores medievales y demás, es eso, pura mitología, verbalismo novelero para distracción de personas ilógicas o para encubrir el verdadero origen de la única masonería real, llamada especulativa o filosófica, no sé por qué, según veremos en su momento.

Si los masones modernos, en lugar de copiar los instrumentos y cierto lenguaje de los constructores, hubiesen imitado a los pintores, habrían encontrado más recursos para enmascarar sus opacos propósitos, porque no hay pintor de ninguna época que no haya tenido ni tenga algún secretillo, algún truco para singularizar su pintura, para distinguirse en ese esfuerzo creativo ansioso de originalidad. En cambio, la arquitectura termina siendo un producto de grandes proporciones en el que intervienen múltiples operarios de las más diversas especialidades, cuyos secretos, supuesto que existan, serán siempre secretos a voces, expuestos finalmente en la plaza pública. Bien visto, los masones «especulativos» no anduvieron muy acertados a la hora de elegir un oficio en el que poder esconderse o aparentar algo distinto de lo que son en realidad.

Pero hay más: los gremios solían configurarse en forma de cofradías o hermandades de carácter religioso y de socorros mutuos, que trascendían la mera defensa de los intereses profesionales. También solían acoger, aceptar o más bien buscar, como hermanos honorarios o «aceptados», a personajes relevantes e influyentes que les protegieran

contra advenedizos y regidores abusivos. Era una práctica habitual y cautelara desde muy antiguo, a fin de mantener el oligopolio que en última instancia representaba la limitación de talleres de cada oficio en cada lugar. Sostener, pues, como hacen la generalidad de los autores que se ocupan del Arte Real, que la crisis del artesanado, en particular de constructores y canteros, facilitó la invasión de hermanos «aceptados» que acabaron suplantando a los anteriores, o sea, que terminaron alzándose con el santo y la limosna, es una tontería más de las muchas que oscurecen el nacimiento de esta congregación. Los talleres artesanos sólo entraron en crisis cuando tomó impulso el mecanicismo o revolución industrial, iniciada en Inglaterra ya avanzado el siglo XVIII. En cambio, la masonería «especulativa», que se considera heredera de la «operativa», empezó a funcionar ya a comienzos del siglo XVIII, cuando el artesanado se hallaba todavía en pleno funcionamiento, y más que ningún otro gremio el constructor, que conocía en esa época, precisamente en la capital inglesa, donde se fundaron las primeras logias «filosóficas», días de actividad febril y esplendor nunca conocidos anteriormente. El pavoroso incendio de Londres de 1666 destruyó más de cuarenta mil casas y cerca de noventa iglesias, entre ellas la catedral de San Pablo, primada de la Iglesia anglicana. La reparación de tan enorme desastre exigió un esfuerzo constructor extraordinario que duró más de un siglo.

Otra bobada que se repite continuamente es que «la entrada de intelectuales y miembros de la Royal Society en las logias inglesas coincidió con *la decadencia del gótico*, de modo que los masones aceptados no tardaron en ser más numerosos que constructores y canteros» (Xavier Casino, *Quién es quién masónico*, p. 13). Lo menos que puedo decir de esta peregrina afirmación es que no está muy acorde con la historia de la arquitectura, ya que la transición del Gótico al Renacimiento se produjo unos tres siglos antes de la fundación de la masonería moderna, en el paso del *Quattrocento* al *Cinquecento* (siglos XV al XVI), tras descubrirse en el monasterio benedictino de Saint-Gall (Suiza) el tratado *De architectura*, del famoso arquitecto romano Marco Vitruvio (siglo I a. C.), en pleno hervor humanista que tenía los ojos puestos en la antigüedad clásica.

Otros autores (José Antonio Vaca de Osma, *La masonería y el poder*, Planeta, Barcelona, 1992, p. 30) dicen que «el final del gótico y

de las catedrales dejó sin trabajo a los tallistas, y la aparición en Italia de libros sobre el arte de la arquitectura quitó todo el valor a las fórmulas y técnicas secretas de los *freemasons*». Bueno, ya he explicado antes que si hay un gremio que difícilmente puede ocultar ningún secreto profesional es el de los arquitectos y constructores. Por otro lado, el final del gótico no supuso en absoluto que dejaran de levantarse más catedrales, sino que el Renacimiento trajo consigo un florecimiento de nuevos edificios religiosos quizás no conocido hasta entonces. Como muestra tenemos el espléndido botón de la grandiosa basílica de San Pedro de Roma, o el impresionante monasterio de San Lorenzo de El Escorial, o las innumerables iglesias de la Compañía de Jesús alzadas en medio mundo. Y en cuanto al trabajo de los tallistas (canteros y escultores), si disminuyó con el ocaso del gótico flamígero, resurgió con fuerza merced a la espléndida escultura renacentista que, acunada en Florencia, pasó al barroco y brilló en el decorativo rococó, por no hablar de los hermanos Churriguera en España. En fin, que dejarse enredar en las alegorías y fábulas masónicas propicia estos desatinos incluso en autores serios.

CAPÍTULO 4
EL OTRO MITO
DE LA MASONERÍA «ESPECULATIVA»

La masonería que masones y tratadistas, aun los opuestos, se empeñan en denominar «especulativa» o «filosófica» nació en Londres a comienzos del siglo XVIII, y no tiene nada que ver con el trabajo de arquitectos y constructores, según se ha visto en el capítulo anterior. Deberíamos llamarla con mayor propiedad masonería *ideológica*, y en sus inicios fue un fenómeno típicamente británico, imposible de entender si no tenemos en cuenta la convulsa historia de Gran Bretaña en los siglos XVI y XVII, los intereses de su imperio, los hábitos recreativos de los ingleses y el hervor empirista de la época.

Para comprender este fenómeno hay que acercarse a la tormentosa y enrevesada historia inglesa a partir del cisma anglicano promovido por Enrique VIII Tudor en 1531, hasta el afianzamiento de la casa luterana de Hannover convertida al anglicanismo (Jorge I, 1714-1727 y reyes siguientes). Sin embargo, esa historia, con toda su complejidad, está detrás, mejor dicho, antecede y explica, en buena medida, el nacimiento de la masonería y su recelosa prevención, desde el primer momento, a la Iglesia Católica.

Gran Bretaña registró, durante los dos siglos citados, la sucesión, en algún caso violenta, de cuatro dinastías: Tudor, Estuardo, Orange-Estuardo, otra vez Estuardo, y Hannover, con una república regicida y despótica en medio, originando feroces luchas entre los partidarios de unos y otros. Carlos I Estuardo, que era anglicano, fue condenado por el Parlamento que dominaba el puritano Cromwell y decapitado en 1649. Estaba casado con la hija del rey de Francia, Enrique IV, llama-

da Enriqueta María, católica, que transmitió su fe al hijo Jacobo II, quien sucedió en el trono a su hermano, Carlos II, restaurador, este último, de la Iglesia anglicana y enemigo de los puritanos, a los que persiguió. Pero Jacobo se casó a su vez con Ana Hayde, anglicana, la cual, como antes hiciera su suegra, educó en el anglicanismo a sus hijas María y Ana. Las dos llegaron a reinar en Gran Bretaña, favoreciendo a las iglesias reformadas en perjuicio de la católica.

Los enfrentamientos político-religiosos se complicaron y endurecieron a causa del fraccionamiento religioso que sufrían las islas británicas: anglicanismo, episcopalismo escocés, presbiterianismo y sus derivados congregacionales y puritanos, los tres de raíz calvinista, y los restos del catolicismo, incluidos los avasallados irlandeses —que terminaron ambos pagando los vidrios rotos—. Al mismo tiempo se libraba, en tiempos de los Estuardo, continuadores del absolutismo de los Tudor, una enconada y sangrienta batalla entre el Parlamento, de composición aristocrática u oligárquica, pero no realmente democrática, y la Corona. El absolutismo, con el corolario del monarca de derecho divino, era un paradigma político «universal», extendido por toda Europa (entonces ombligo del mundo), según las doctrinas del francés Juan Bodin (fraile carmelita que se hizo protestante, 1530-1596), del inglés Thomas Hobbes, autor de *Leviathan* (1654), y del abate también francés Jacques-Bénigne Bossuet, predicador de la corte de Luis XIV, quien resumió la filosofía del absolutismo en esta expresión: «Un rey, una fe, una ley». De ese modo, los súbditos de cada reino tenían que profesar forzosamente la fe de su soberano, a fin de evitar guerras internas de religión. Pero como en Inglaterra cambiaba la fe de los sucesivos soberanos y hasta la del dictador republicano, Cromwell, no se conseguía alcanzar la estabilidad que aseguraba, por métodos coercitivos, el absolutismo.

El triunfo de la coalición anglicano-calvinista (Revolución Gloriosa de 1688) que entronizó a Guillermo III de Orange y a su esposa y prima María, hija de Jacobo II, no puso fin a las intrigas y conjuras de unos y otros. Los partidarios de los Estuardo, por ejemplo, continuaron sus maquinaciones a fin de recuperar el trono. Para ello auspiciaron diversas conspiraciones que, por su propia naturaleza, eran clandestinas y secretas. Estas conjuras políticas han inducido a diversos autores a hablar de una masonería jacobita católica organizada en

Francia y actuante en las islas británicas. Semejante interpretación no deja de ser, en mi opinión, una fábula más de las muchas que rodean a la orden de la escuadra y el compás. Confundir una red de conspiradores que, lógicamente, suelen moverse en la sombra, con una sociedad secreta esotérica, me parece que es volver de nuevo al reino de la fantasía.

El ocaso de la dinastía estuardista trajo consigo la persecución o, como mínimo, la marginación total de los católicos de la vida social y política del Reino Unido. La coalición triunfante, integrada por las distintas ramas de la Reforma británica: anglicanos, episcopalianos escoceses y presbiterianos-puritanos (calvinistas), adoptaron medidas para evitar que los *papistas* volvieran a levantar cabeza, entre otras la creación de sociedades secretas, acaso continuadoras de los grupos conspiratorios anti-católicos de los tiempos revueltos. Ahora bien, como los «dueños» de la nueva situación tampoco formaban un conjunto homogéneo, o no había ninguno que dominara claramente, vinieron a establecer una especie de pacto de no agresión dentro de la «fraternidad» masónica emergente, de la que fueron excluidos los católicos. A fin, pues, de evitar roces y choques en el seno de las logias, se adoptó una especie de deísmo difuso y poco riguroso en materia doctrinal, dejando relegada la opción religiosa de cada cual a su esfera privada. Por ese camino, la indiferencia religiosa, es decir, el laicismo en el ámbito social, estaba a la vuelta de la esquina, pero todo ello lo veremos en su momento.

Otro factor que contribuyó a la creación de las logias fue la costumbre tan británica de reunirse los hombres, y sólo los hombres, en clubes o círculos exclusivos donde, con una pinta de cerveza en la mano, se discutía de todo lo divino y lo humano. No se olvide que las primeras logias (*lodge* en inglés, «alojamiento o ubicación») nacieron en las tabernas, donde grupos de amigos diletantes se entretenían de mil formas distintas: a unos, como los denominados masones especulativos, les dio por «liberar» al mundo de las garras de jacobitas, jesuitas y demás «fanáticos romanos»; a otros por organizar expediciones exploratorias a los más insólitos lugares del planeta, a otros por la inventiva de artilugios mecánicos novedosos, y a los de más allá por sacarse de la manga nuevos divertimentos deportivos, como el fútbol, el rugby, el tenis, el golf o las carreras de caballos modernas. Era una

época de ebullición experimental, a cuyo empirismo no escapaba ninguna actividad o faceta humanas, ni siquiera las más misteriosas y opacas. Estas últimas, continuadoras de las confabulaciones secretas de anglicanos y protestantes, nacieron como logias masónicas en las tabernas de la Oca y el Grillo, de la Corona, del Manzano y de las Uvas. En la fiesta de San Juan de Verano de 1717, o sea, el 24 de junio, los miembros de las cuatro logias se reunieron en la primera de ellas, sita en Saint-Paul's Churchyard, en el corazón de la *city*, junto a la catedral ya en avanzada fase de reconstrucción, y decidieron unirse bajo la denominación de Gran Logia de Londres, luego Gran Logia de Inglaterra, madre de todas las obediencias masónicas del mundo. Reinaba ya en Gran Bretaña, desde hacía tres años, el primer soberano de la casa de Hannover, Jorge I, luterano reconvertido al anglicanismo, y gran protector, como sus sucesores, de la masonería, que utilizaron a modo de caballo de Troya en campo enemigo al servicio ladino del expansionismo británico, como veremos algo más adelante.

El primer gran maestro de la Gran Logia de Londres, elegido el mismo día de la constitución de esta logia fue el caballero Anthony Sayer, al que sucedieron los grandes maestros siguientes, siempre elegidos en la festividad de San Juan Bautista: George Payne, en 1718; Juan Teófilo Désaguliers, en 1719 (pastor presbiteriano, hijo de un pastor hugonote francés que se refugió en Inglaterra huyendo de la persecución de Luis XIII); de nuevo Payne, en 1720; el duque de Montagu, en 1721; el duque de Wharton, en 1722; el duque de Buccleuch, en 1723; el duque de Richmond, en 1724; Lord Paisley, conde Abercorn, en 1725, y así, hasta 1813 al menos, cuyos grandes maestros pertenecieron siempre a la nobleza, y alguno a la realeza, como el príncipe de Gales, gran maestro entre 1792 y 1812. En 1813 se produjo la fusión de la Gran Logia de Inglaterra con la Antigua Gran Logia de Inglaterra, dando origen a la Gran Logia Unida de Inglaterra.

Durante su segundo mandato, en 1720, Payne encargó la redacción de un primer reglamento masónico al pastor presbiteriano, James Anderson, que contó con la ayuda de una comisión formada por unos quince ponentes. El reglamento, titulado *Las Constituciones de los Francmasones*, pero más conocido como las *Constituciones de Anderson* —que los miembros de la orden consideran el «evangelio» masóni-

co—, vio la luz en marzo de 1723, siendo gran maestre el duque de Wharton, aunque están dedicadas al duque de Montagu, antecesor en el cargo de gran maestre.

Felipe, duque de Wharton, de religión anglicana, fue un personaje muy peculiar. Hijo de Tomás de Wharton, alto funcionario de la corte, a quien Jorge I, al llegar al trono, nombró marqués y lord del sello privado; pero murió pocos meses después de ambos nombramientos. Felipe recibió el bautismo apadrinado por el rey Guillermo y su cuñada, la princesa Ana —más tarde reina—, ocupó una posición distinguida desde muy joven en la política inglesa de su tiempo y en la masonería, pero sus excentricidades —tan pronto era *tory* como *whig*— y vida pródiga le privaron de su gran fortuna, que dilapidó, y del favor de Jorge I de Hannover. Arruinado vino a España, donde halló refugio. En Madrid fundó, el 15 de febrero de 1728, la primera logia acreditada en nuestro país, llamada Las Tres Flores de Lis, por el nombre de la fonda francesa donde se reunían los «hermanos», exclusivamente británicos; pero no tuvo continuación. Aquí se casó en segundas nupcias, viudo de su primera mujer, con María Teresa O'Neil, católica, hija de Henry O'Beirne —capitán irlandés al decir de unos, o coronel según Ferrer Benimeli, que hacía armas en el ejército español— y dama de la reina Isabel de Farnesio, segunda esposa de Felipe V. Su matrimonio con la irlandesa permitió a Wharton entrar al servicio del rey de España, donde pronto alcanzó el grado de coronel. Falleció en Poblet (Tarragona), en cuyo monasterio quedó enterrado. Su lápida, escrita en latín, dice, después de una larga ristra de títulos nobiliarios, que «murió en la fe de la Iglesia Católica Romana en Poblet el 31 de mayo de 1731». Contaba 32 años de edad. Franco, durante una visita a dicho monasterio, descubrió o le mostraron la tumba del que fuera gran maestre de la masonería inglesa, madre de la masonería universal, y mandó que sacaran extramuros los despojos del «hereje», sin conocer o reconocer que había muerto converso. Años más tarde se corrigió el entuerto y los zarandeados huesos del duque volvieron a reposar en sagrado.

Analizando las biografías de los grandes maestros de la Gran Logia de Inglaterra, caben pocas dudas respecto al origen instrumental de la masonería al servicio de la Corona británica, en concreto a la dinastía de los Hannover, para impedir, por un lado, el retorno del estuardis-

mo católico y, por otro, para organizar secretamente, dentro de las monarquías rivales europeas, algo así como una «quinta columna» encargada de reclutar y apoyar bajo la bandera del racionalismo adogmático, entonces tan en boga, a los descontentos de tales naciones, con el fin de sembrar cizaña en ellas, sobre todo si eran monarquías católicas (Francia, España, Austria, los Estados Pontificios, etc.). En esa pugna de carácter imperialista, Francia y España apoyaron a los insurgentes de las trece colonias norteamericanas, y el Reino Unido devolvió la pelota atizando, desde las logias, la Revolución francesa y, después, la emancipación de los virreinos españoles en tierras americanas.

Que la masonería moderna —en realidad no hay otra en sentido estricto— se organizara de manera opaca, no constituye, pese a todo, ninguna novedad. Es decir, no la constituía en la fecha de su fundación, a principios del siglo XVIII. Venía de dos siglos de intrigas y conspiraciones producto de las luchas político-religiosas de aquella época, con sus correspondientes organizaciones clandestinas. En todo caso, el secretismo apasiona al género humano. La querencia de los hombres al manejo del poder desde la sombra, parece inextinguible. Benjamín Disraeli (1804-1881), masón que llegó a ser primer ministro de Su Graciosa Majestad británica, ya dijo que «el mundo está gobernado por personajes muy distintos a aquellos que se imaginan quienes no están detrás del telón».

Los masones aseguran que «el secreto de la masonería es que no tiene secretos», pero si fuera así, no ocultarían los nombres de sus miembros, en particular si ocupan puestos de influencia y poder, y todavía más si copan los principales cargos de las instituciones —el gobierno de la nación, por ejemplo—, o del partido gobernante, como ocurre ahora en España. Que sea masón el tendero de la esquina o el conserje del Círculo Agrícola, Industrial y Mercantil de mi pueblo, no tendría mayor trascendencia, pero que lo sea la mayor parte del profesorado endogámico de aquellas facultades universitarias que dominan la cultura oficial o el sistema educativo, hecho que ha ocurrido en diversos periodos de la historia moderna española, la cosa cambia radicalmente. Lo mismo si ocupan las esferas del poder. Por ello mismo, el secreto masónico es absolutamente inadmisibile en una sociedad abierta a la información, pluralista y democrática. De lo contrario co-

remos el riesgo de quedar bajo el poder de las tinieblas. La expresión puede parecer tremendista, exagerada, pero se torna real cuando no sabemos de verdad si hay alguien o algo detrás de la tramoya gobernante, o que aparenta gobernar. Ahora no se encarcela ni se tortura a nadie por profesar estas o las otras ideas, por expresarlas y difundirlas; entonces, ¿qué sentido tiene ese empeño numantino en mantener la opacidad? A menos, claro está, que haya gato encerrado.

En cuanto al carácter filosófico o especulativo de dicha congregación, no existe en las *Constituciones de Anderson*, reglamento matriz o «evangelio» de la masonería, nada que haga suponer que sus tenidas (reuniones) tengan por objeto la especulación filosófica, la reflexión intelectual. Y si la tienen, sus resultados no pueden ser más pobres y decepcionantes. En España, concretamente, no se conoce ningún filósofo digno de este nombre que haya surgido de las logias, aparte de los krausistas capitaneados por Julián Sanz del Río (Giner de los Ríos, Salmerón, Azcárate, etc.), en general masones, que tampoco crearon una escuela filosófica propia, sino que se limitaron a difundir en nuestro país las doctrinas laicistas o panteístas del filósofo alemán Karl Krause, a través de la Institución Libre de Enseñanza. Los propios masones desmienten esa imaginada y repetida dedicación de la orden a la especulación filosófica. Oswald Wirth, en su obra *El libro del Aprendiz*, informa: «Los masones ingleses no han sentido jamás la necesidad de imprimir a sus trabajos un carácter particularmente filosófico. Al provocar discusiones en el seno de las logias, temían contravenir el espíritu de fraternidad que la francmasonería tiene por misión especial propagar y mantener. Siempre han creído que en la logia basta contentarse con practicar el ritual y nada más. Por tanto, en el curso de sus reuniones, se limitan a proceder escrupulosamente, según todas las formas, a las admisiones previstas. No obstante, como se trata de una ocupación monótona, a menudo fastidiosa y siempre aridísima, se resarcan con un festín, que estiman honradamente ganado» (reproducido por Oscar Rodrigo Albert, *Historia general de la Masonería*, pp. 56-57, Editorial Mitre, Barcelona, 1985).

Pero si la masonería no puede presumir de haber producido en el «solar» hispano un solo filósofo a tener en cuenta, la lista de políticos y generales politizados y golpistas que han salido de sus madrigueras invaden el callejero de Madrid y de otras muchas ciudades españolas.

Además todos ellos, por lo común, hostiles a la Iglesia Católica, como los primeros miembros de la masonería «especulativa», allá en las tabernas de las brumas londinenses. Y menos mal que en las logias, según dicen sus adeptos, no se discute de política ni de religión.